



HAL
open science

ETNICIDAD NEGRA Y ELECCIONES EN COLOMBIA

Carlos Agudelo

► **To cite this version:**

Carlos Agudelo. ETNICIDAD NEGRA Y ELECCIONES EN COLOMBIA. The Journal of Latin American Anthropology, 2002, 7 (2), pp.168-197. hal-00943300

HAL Id: hal-00943300

<https://hal.science/hal-00943300>

Submitted on 7 Feb 2014

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

ETNICIDAD NEGRA Y ELECCIONES EN COLOMBIA

Publié in Journal of Latin American Anthropology, Vol 7, No. 2, 2002. Pp. 168-197.

Carlos Efrén Agudelo
Institute de Hautes Études de Amérique Latine, Université Paris III and
Institut de Recherche pour le Développement, Paris

Resumen:

En Colombia, a pesar del crecimiento permanente del desencantamiento de la población por la política - fenómeno común al de muchos países en el mundo - las identidades políticas de los colombianos siguen respondiendo mayoritariamente a la adscripción formal en los partidos políticos tradicionales y a las prácticas clientelistas de participación electoral. Con algunas particularidades, las poblaciones negras no escapan a esta lógica. En la década de 1990 (al calor de una designación oficial, no exenta de contradicciones, de las poblaciones negras como minoría étnica) surgen movimientos étnicos negros que intentan constituirse en alternativas políticas nuevas y arrebatarle a los fuerzas políticas tradicionales el control del electorado negro, sin resultados positivos hasta el momento. Esta ponencia presenta algunos elementos de la participación política electoral de las poblaciones negras a lo largo de la historia de la república colombiana hasta llegar a la presente década con la presencia de los nuevos movimientos negros, los resultados y algunas hipótesis que los explican. [*negros, etnicidad, movimiento social, participación, elecciones, clientelismo*]

Introducción

La obtención de nuevos espacios de participación y representación política para las poblaciones negras colombianas fue uno de los componentes del conjunto de medidas legislativas y reformas que comienzan a implementarse a partir de la nueva Constitución Nacional de 1991, en particular la ley 70 de 1993. Esta ley tiene su origen en el Artículo Transitorio 55 (AT55) de la Constitución Nacional, referido a los derechos de las poblaciones negras (ver desarrollo sobre artículo 55 y ley 70 en otros artículos de este mismo dossier). Al lado de los demás componentes de dicha norma legislativa se incluyó un artículo que, basado en la Constitución Nacional, otorgaba el derecho a las “comunidades negras”¹ de contar con dos delegados en la Cámara de Representantes² elegidos mediante una circunscripción electoral especial. En las elecciones parlamentarias de 1994 en Colombia, se aplicó por primera vez esta norma.

Con la nueva Constitución, Colombia, al igual que otros países de América Latina, había entrado en la corriente del multiculturalismo y la pluriétnicidad. En general para los países que han adoptado estos cambios en su modelo institucional, son los pueblos indígenas el objeto de reconocimiento como “el Otro”, mientras que las poblaciones negras continúan incluidas entre la masa “indiferenciada” de ciudadanos. En el caso de Brasil, Ecuador y Colombia, hay un espacio en los textos constitucionales en alusión al carácter de las poblaciones negras como minoría étnica, bajo ciertos condicionamientos de orden cultural e histórico (Wade 1999). Pero es sólo en Colombia donde la legislación incluyó un espacio de representación política para los negros en un cuerpo legislativo nacional.

Históricamente, el voto de las poblaciones negras que han participado en elecciones ha favorecido mayoritariamente al partido liberal y en menor medida al conservador, los dos partidos llamados “tradicionales” prácticamente hegemónicos en el régimen político colombiano desde su surgimiento a mediados del siglo XIX. Debido al protagonismo político del proceso de movilización y visibilidad que antecedió la participación de las comunidades negras, tanto los analistas políticos y sociales, como ciertos sectores de opinión y los grupos negros que participaron en el debate electoral, esperaban unos resultados que rompieran con la tendencia de participación que hasta ese momento había presentado estas poblaciones.

La circunscripción especial para comunidades negras obtuvo el 2.35% de los votos depositados en el país para Cámara de Representantes. Si analizamos las cifras electorales en los principales regiones del país con mayoría absoluta de población negra, encontramos que el nivel de apoyo a los candidatos de la circunscripción especial sólo llega al 12% de los electores³. El 88% restante corresponde a votos mayoritariamente liberales.⁴ Además, una proporción importante de la votación obtenida por las listas de la circunscripción especial de comunidades negras provenía de sectores de la población no negros ubicados en centros urbanos.⁵

¿Qué pasó? ¿Por qué no se presentó la ruptura en la tendencia de comportamiento electoral de las poblaciones negras? ¿Por qué no respaldaron a los que se presentaban como auténticos voceros de las necesidades más sentidas de las poblaciones negras? ¿Por qué continuaron votando como siempre? ¿Por qué, en los debates electorales posteriores (1997, 1998, 2000) se confirma esta tendencia registrada en 1994, cuando se preveía un salto político del movimiento negro?

Este artículo presenta algunos elementos que contribuyen a explicar cuales han sido las lógicas de comportamiento electoral de las poblaciones negras en Colombia. Son

comportamientos enmarcados en un contexto nacional signado históricamente por el predominio político bipartidista y el peso de los mecanismos clientelistas, que a pesar de los elementos actuales de crisis política del sistema mantienen aun vigencia. En este marco se muestran las limitaciones que tiene la irrupción de la etnicidad negra como instrumento de movilización política electoral.⁶ Pero las dificultades del movimiento negro en el plano electoral están en relación con otros factores generales que limitan el desarrollo de este tipo de movimientos no sólo para el caso colombiano. Algunos rasgos de la construcción política de las sociedades latinoamericanas, con la fuerza dominante del mestizaje, pueden explicar el carácter de las identidades políticas y la reducida plaza para las alteridades raciales, étnicas o culturales en el escenario político nacional.

El sistema político y la lógica de clientela

En general, los estudios locales y nacionales sobre las elecciones y el régimen político coinciden en caracterizar el sistema político colombiano como fundamentalmente clientelista.⁷ En el caso colombiano en particular, el clientelismo político actual se identifica con el « aprovechamiento del poder para obtener ventajas electorales de tipo personal » a través de la « manipulación de los puestos públicos y los favores personales con los recursos del Estado » (Leal 1989). El transcurrir del tiempo y las transformaciones de todo género de una sociedad como la colombiana no ha cambiado lo esencial de esta práctica. En lo que sí se producen modificaciones significativas es en las formas del intercambio clientelista que pierden casi totalmente el atavismo de las relaciones paternalistas y las lealtades primarias que constituían esta relación en el siglo XIX y aun hasta mediados del siglo XX. Esta forma tradicional de relación política clientelista inicia un proceso de cambios significativos a partir de la constitución del Frente Nacional⁸ que transformó la lógica de confrontación partidista.

Los partidos liberal y conservador han dominado de manera casi hegemónica el escenario político electoral colombiano. La presencia exitosa de otras fuerzas políticas en el ámbito electoral ha sido excepcional, o localizada en regiones específicas y fugaz. El mapa electoral colombiano definido en términos de predilección partidista liberal, conservadora, y otros no ha variado en lo fundamental desde 1856.⁹

Negros y participación política

Diversos estudios nos muestran como las actividades políticas se constituyen en unos de los aspectos más relevantes de la vida social de las poblaciones negras en Colombia (Agudelo 1998a; Ayala 1997; De Roux 1991; Hoffmann 1998; Wade 1997a; Whitten 1992). La abolición de la esclavitud en las colonias en América no terminó con la segregación y otras formas de discriminación socio-racial. El Estado-Nación que se va construyendo a lo largo del siglo XIX, si bien reconoce la participación del componente negro e indio en la construcción de la nación mestiza, reivindica la superioridad del elemento blanco-europeo, la necesaria purificación gradual del mestizo y la deseada desaparición de los remanentes indios y negros. Las formas de « democracia racial » que se construyeron en América latina, por oposición al modelo norteamericano, explícitamente segregacionista, ocultaban a través de legislaciones igualitaristas, formas de discriminación reproducidas en valores culturales y prácticas sociales racistas que aun hoy siguen vigentes en nuestras sociedades y que son, por demás, patrimonio generalizado del mundo occidental.¹⁰

El negro ha vivido en Latinoamérica en una permanente ambigüedad con respecto a su reconocimiento como ciudadano. Es la paradoja entre integración y exclusión (Wade 1997a, 1997b). Sin embargo el peso institucional de las normas y leyes que lo convirtieron en ciudadano, la fuerza que adquiere el mestizaje y las posibilidades de movilidad social ascendente que, aunque escasas, han existido, se convirtieron en un factor que indujo a la mayoría de estas poblaciones a buscar vías individuales de escape al racismo y la discriminación. En estas circunstancias la construcción de movimientos políticos o formas organizativas autónomas que reivindicaran derechos específicos para este sector de la población fueron débiles o efímeras¹¹ (Serbin 1991), y en casos como el colombiano, inexistentes.

La abolición definitiva de la esclavitud en Colombia se produce en 1852, pero en este momento buena parte de las poblaciones negras contaban ya con el carácter de ciudadanos libres, condición obtenida por diversos mecanismos que van desde la fuga y la organización colectiva en “palenques”, hasta la libertad auto comprada u otorgada individualmente por algunos propietarios de esclavos.¹² La participación en política era parte de las estrategias de adaptación, búsqueda de reconocimiento como ciudadanos y ascenso social por una sociedad que formalmente les otorgaba unos derechos, pero que en la práctica mantenía vigentes los prejuicios raciales inferiorizantes (Whitten 1992). Prejuicios que, sumados a las condiciones de marginalización social a que son sometidas las capas más pobres (a las que pertenecían la mayor parte de poblaciones negras) de una sociedad estratificada, los convertía de hecho en « ciudadanos de segunda clase » (Gutiérrez 1999).

La política y más exactamente la política bipartidista, expresada unas veces en conflictos armados o guerras civiles y otras mediante las elecciones, fueron durante el siglo XIX un factor central de las dinámicas de la sociedad. Las poblaciones negras, pero no como grupo aparte sino mezcladas a otros sectores populares de la población, participaron de esta dinámica como parte de sus estrategias de movilidad social y reivindicación de derechos. Buena parte de las poblaciones negras que habitaban las concentraciones urbanas formaban parte de los gremios de artesanos. Estudios de historia nos muestran el rol activo, aunque subordinado, que jugaron estos sectores, primero en la lucha anticolonialista (Múnera 1998), luego en el periodo republicano como parte activa de las llamadas “sociedades democráticas” (Gutiérrez 1999; Pacheco 1992).¹³

Durante la segunda mitad del siglo XIX, en las regiones de predominancia demográfica de poblaciones negras (principalmente costa pacífica y norte del departamento del Cauca), las posibilidades para éstas de asumir directamente el rol de administradores locales son mínimas o prácticamente nulas. La gran mayoría del personal administrativo en las instituciones locales o nacionales y regionales con presencia local (alcaldía, aduanas, rentas, justicia, salud, educación, etc.) eran personas mestizas y blancas provenientes del interior del país o pertenecientes a la minoría de población no negra de la localidad.¹⁴ Los cargos de elección popular también eran copados por la elite blanca y mestiza local con la presencia esporádica de algún mulato o negro venido a más por su poder económico, y/o por haber tenido acceso a la educación.¹⁵ Según las estadísticas parciales obtenidas para principios del siglo XX, la población negra, encontrándose ubicada mayoritariamente entre los sectores más pobres de la población y, en el caso de la costa pacífica, en regiones pobres y apartadas del centro del país, debía tener uno de los índices más altos de analfabetismo y esto fue, hasta 1932, el argumento legal más importante para impedir su participación en los debates electorales y también en los puestos administrativos.¹⁶ Hasta ese año, las condiciones para ejercer el derecho al voto eran las de saber leer, escribir y tener alguna propiedad.¹⁷

Hacia finales de los años 1920 comienzan a surgir con fuerza liderazgos políticos mulatos y negros en regiones como el Chocó, el norte del Cauca y Buenaventura. Estas nuevas élites han logrado hacer estudios en universidades del interior del país y al retornar a sus sitios de origen van desplazando a las minorías blancas y mestizas que controlaban el poder político local. En algunos casos, de los liderazgos locales se pasa a tener cierto protagonismo en el plano regional y nacional (Agudelo 2000). En el caso del Pacífico, los actores políticos se restringían, durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX, a los pobladores que se vinculaban con el partido liberal o el conservador. La presencia de otras alternativas con pretensión de disputar en el terreno de la política electoral el espacio monopolizado por los dos partidos fue mínima hasta finales de los años 1970¹⁸ cuando surgen expresiones de la sociedad que, desde la lucha por reivindicaciones sociales, en forma de “movimientos cívicos”, se lanzan a competir en el terreno de lo electoral con las fuerzas políticas establecidas.

Entre las poblaciones de mayoría negra, las élites políticas locales han tenido diversos grados de movilidad y transformación social. Para el Chocó, en la medida que se establece en unidad política y administrativa, se generaliza la presencia negra en las redes administrativas y políticas. Para las regiones negras de los departamentos del Valle y Cauca también se produce un relevo gradual de la dirigencia política por la vía de la movilidad social de algunos mulatos y negros que adquieren cierto capital cultural y/o económico y de ahí saltan al reconocimiento político de las élites regionales y nacionales hasta asumir los roles administrativos y las jefaturas políticas locales. La educación fue un eslabón definitivo para que los negros avanzaran hacia los cargos de la administración local y la jefatura política y establecerse como intermediarios entre las jefaturas regionales y nacionales de los partidos, desplazando así a las élites blancas y mestizas.

La mayor parte de los negros que lograban salir a estudiar a las universidades del interior cursaba estudios de Derecho. Esta profesión representaba el peldaño ideal para saltar al ejercicio de la política. Según declaraciones de algunos antiguos líderes de Pacífico, el interés de sus padres porque ellos cursaran estudios universitarios no sólo se basaba en la búsqueda de lograr una mejor posición social en el seno de la localidad, sino ante todo porque el estudio representaba la posibilidad de ejercer el liderazgo político local y, si las condiciones lo permitían, regional y nacional. « Yo terminé mis estudios de medicina en la Universidad Nacional pero mi padre quería que yo estudiara Derecho pues para él era importante que yo siguiera el camino de la política y esto era más fácil para los abogados » (Marino Viveros. Líder político negro en el norte del Cauca, años 1950 y 1960. Cali, 1998).

A partir de finales de los años 1970, pero sobre todo desde la vigencia de la Constitución Nacional de 1991 y la legislación particular sobre comunidades negras, se va a registrar el surgimiento de unos nuevos liderazgos políticos negros representados por los movimientos cívicos, culturales y políticos étnicos. Estamos ante una nueva etapa de presencia y visibilidad política de actores étnicos negros que, de manera autónoma o manteniendo alguna articulación con los partidos tradicionales incursionan en la dinámica electoral.

¿Pautas raciales en lo electoral?

*« Un negro conservador
es música que no suena
es como un parche en el culo,*

cuando el dolor es de muela»
(Versos populares del norte del Cauca)

La adscripción masiva de las poblaciones negras al liberalismo tiene su explicación histórica en la posición de este partido frente al esclavismo y por la actitud de los jefes conservadores, quienes en las regiones con presencia importante de esclavos, como fue el caso del departamento del Cauca, se manifestaron contra la abolición de la esclavitud. Las mayorías liberales entre las poblaciones negras se establecen definitivamente en 1851, bajo el gobierno del liberal José Hilario López, cuando se decreta la abolición definitiva de la esclavitud y las sociedades democráticas, de las que hacían parte muchos negros libres estaban en su apogeo político (Gutiérrez 1999; Jaramillo 1976).

Los estudios de De Roux (1991), Mina (1975) y Pacheco (1994) nos muestran claramente esta situación. Fals Borda (1981) y Ocampo (1993) también hacen alusión a esta relación entre liberalismo y libertad para los negros en la región de la costa Caribe. El discurso de igualdad de derechos que pregonaba el ideario liberal representaba un atractivo para unas poblaciones en búsqueda de un lugar en la sociedad y del reconocimiento de su carácter de ciudadanos. Estos rasgos se constituyeron en el factor de implantación original del liberalismo entre la mayoría de las poblaciones negras. Otro factor más reciente que también va a tener una repercusión en la conservación de la mayoría liberal entre poblaciones negras es la llegada al gobierno del Partido Liberal en 1930, luego de una larga hegemonía conservadora. Viejos habitantes de algunos pueblos del Pacífico recuerdan el aumento significativo de maestros enviados por el Estado, la instalación de diversas obras de infraestructura, y la visita a la región de dirigentes nacionales del partido liberal (Ayala 1997). Además, el levantamiento de las restricciones para el ejercicio del voto en 1932 fue sentido como una medida dirigida a la mayoría de las poblaciones negras, que por su analfabetismo y pobreza, estaban marginadas hasta ese momento de su derecho al voto.¹⁹

Al preguntar hoy a las poblaciones de estas regiones negras y también a los activistas y líderes políticos la explicación de más peso sobre el por qué de su adhesión al liberalismo, es la tradición familiar y regional la respuesta recurrente. « Yo soy liberal es por la sangre. Mi papá y mi abuelo también eran liberales ». (Don José. Habitante del río Calima, municipio de Buenaventura, 1998). « Por aquí siempre hemos sido liberales toda la vida. Los conservadores son muy poquitos y yo no sé de donde salieron así » (Don Jacinto. Pescador del río Guapi, 1999). Sólo algunos pocos hacen alusión a la relación entre liberalismo y abolición de la esclavitud o al retorno de los liberales al poder en 1930, como origen de esta identificación. « Todo negro que conozca su historia debería ser revolucionario o mínimo liberal » (Edgardo Carabalí. Político liberal de Buenaventura, ex-alcalde municipal, 1998). « La ideología liberal se adaptó mejor a la forma de ser de nuestras gentes. Yo creo que es por eso que la mayoría absoluta de negros somos liberales » (Silvio Noviteño. Dirigente liberal de Buenaventura, 1998). La continuidad hasta el presente en la adhesión mayoritaria al liberalismo de parte de las poblaciones negras tiene que ver con el desarrollo de lógicas de clientela que se implantaron en estas regiones y aún permanecen adaptadas a los condiciones actuales.

En cuanto a las minorías conservadoras de la región, la respuesta casi generalizada sobre el porqué de su adhesión a ese partido está también relacionada con la tradición familiar. La pertenencia al partido conservador de una parte de las élites locales blancas y mestizas, en su carácter de patrones de una relación de clientela, lograron constituir una base electoral que se ha continuado en el tiempo (Rivera 1987).

En el proceso de consolidación de las élites negras y mulatas de las regiones donde estas poblaciones son mayoritarias, de alguna manera funcionó un llamamiento al voto racial, al pedirle a las poblaciones que apoyaran unos candidatos nativos, aunque fuera más explícito el llamado desde la identificación regional y partidista. Para el departamento de Chocó la relación entre raza y región fue más evidente y las elites que se conformaron fueron al tiempo negras, nativas y liberales. En las costas de los departamentos del Valle y del Cauca, el proceso fue más gradual pues hubo una presencia de blancos y mestizos nativos (segunda y tercera generación de inmigrantes extranjeros o del interior del país) que poco a poco fueron desplazados por una capa dirigente negra y mulata. En el caso de Tumaco, una elite blanca y mestiza pero nativa y liberal se logró imponer frente a una población mayoritariamente negra. En los años 90, se ha iniciado un relevo en las elites y, sin que desaparezcan los blancos y mestizos de la escena, llegan a compartir los espacios de poder político y administrativo líderes negros (Helfrich 1998; Hoffmann 1998).

En Tumaco fue elegido en 1992 un alcalde negro. Si bien es cierto que la reivindicación de su negritud fue un elemento de su campaña electoral, esta elección hubiese sido impensable sin el apoyo de uno de los grupos liberales locales, en el que la dirigencia era fundamentalmente blanca y mestiza. En 1994 se lanzó otro candidato que reivindicaba su carácter de negro como elemento fundamental de su campaña. Inicialmente apoyado por un grupo liberal este candidato tenía grandes opciones de triunfo. Por circunstancias políticas diversas, este grupo le quitó su apoyo y el candidato negro obtuvo una baja votación. En las elecciones para alcaldes de 1997 el elemento étnico volvió a jugar un rol. La campaña del candidato ganador incluyó elementos de reivindicación de la cultura negra de la región. Este candidato negro contó con el apoyo de sectores independientes, de algunos movimientos étnicos, pero al igual que en 1992 el triunfo también tuvo que ver con el respaldo ofrecido por sectores de los partidos liberal y conservador (Helfrich 1998; Hoffmann 1998). En las elecciones de alcaldes de 2001, triunfó el gamonal electoral tradicional de la región, de origen liberal y mestizo.

El argumento racial también se ha utilizado en las contiendas electorales, como mecanismo para defender el derecho a que sea un negro el que salga elegido al enfrentarse con otro candidato blanco o mestizo. Cuando Clemente Estupiñán, mestizo de Nariño, pero residente en Guapi desde la niñez, se presentó como candidato en la primera elección popular de alcaldes, un argumento de la campaña de su opositor fue la de que Clemente no era negro, aunque fuese liberal y de la región. Según él, este argumento fue un factor importante de su derrota (declaraciones de Clemente Estupiñán, mayo 1998). En las elecciones de 1994 también se enfrenta un blanco, el sacerdote Jairo Calle, quien había trabajado varios años en Guapi, con un candidato negro y oriundo de la región. Su campaña utilizó bastante el argumento de que Calle no era negro y además no era de la región (facsimil de propaganda electoral de un grupo de guapireños rechazando la candidatura del sacerdote). También esta vez, triunfó el candidato negro y nativo. Sin embargo la eficacia del argumento racial no siempre ha arrojado los resultados esperados de parte de quienes lo esgrimían. El mismo Clemente Estupiñán, derrotado en 1992, fue elegido como alcalde posteriormente y en las elecciones de 2001 ha resultado de nuevo electo.

La convocatoria a un voto racial si ha funcionado, aunque no sea un factor determinante, como estimulante electoral pero fundamentalmente para el partido liberal y articulado con la variable de la pertenencia regional. La identificación “negros/Partido Liberal” es importante como origen de una adscripción mayoritaria que aún hoy se mantiene, aunque por factores que se han ido transformado con el tiempo. El llamado explícito a la identificación con las banderas de reivindicación étnica planteado por algunos movimientos políticos negros en los años 1990 no ha logrado despertar mayor interés del electorado. La identificación racial es un

factor insuficiente para explicar la adhesión o la indiferencia frente a una propuesta política electoral.

Los términos del intercambio electoral

En la primera mitad del siglo XX, en la costa Pacífica, las formas de trabajo político se concentraban en la conservación de las clientelas respectivas que parecían no crecer que por ampliación de las familias. Cada político vivía en función de su reelección por la vía de mantenerse fiel a su jefe político regional y en la conservación y ampliación de su caudal electoral. La consigna de « la política como el arte de servir a los demás » o « practicar una política de servicios » se traducía en que se debía estar en disposición de hacer favores a los copartidarios: conseguirles empleo en alguna dependencia oficial (la alcaldía u otra institución que funcionara en la región o algunas veces fuera de ella), otorgarles becas para los hijos, posibilitar un tratamiento médico o la compra de los medicamentos, favorecer la realización de un préstamo bancario para mejorar la empresa familiar, suministrar materiales de construcción para alguna reforma de la vivienda o para su construcción, etc.

“Mi papá hacía política haciendo obras para la comunidad, como escuelas, puestos de salud, inspecciones, etc. El conseguía esto porque tenía influencia con los gobernadores y los parlamentarios del departamento”. (Hernando Yacup, Guapi, 1998)

Don Celso Rodríguez era el principal jefe liberal en los años 30 y 40. El tenía mucha plata por la minería, y en otras tierras tenía ganado y negocios de licores con el gobierno. El tenía una farmacia para administrar medicinas gratuitas a la gente. (Edelmo Ledesma, Guapi, 1998)

El candidato ofrecía obras y también puestos de trabajo. Lo de la plata siempre lo ha habido. Si un candidato podía le llevaba plata a su gente pero no era como ahora para comprarle la conciencia sino como un gesto con su gente. Pero esa plata era para atender las necesidades del día, como un refrigerio o un almuerzo. Nunca se le ofrecía plata a los conservadores para que votaran por los liberales o viceversa. Eso era sagrado. (Edelmo Ledesma, Guapi, 1998)

Con el Frente Nacional el intercambio electoral se fue volviendo más pragmático. Los políticos necesitaban conservar o ampliar sus clientelas, ahora sometidas a mayores opciones debido al inicio de la fragmentación partidista. Los electores aprendían a valorizar materialmente sus votos. Se incrementaban los ofrecimientos de bienes menos abstractos que «el sentido de pertenencia a una comunidad política». Aumentaban los bienes de carácter individual, como los empleos públicos y las becas de estudio. El apoyo de los políticos a la construcción de obras de infraestructura y servicios eran negociadas celosamente con el fin de garantizar los votos. Los líderes políticos buscaban la llegada de recursos a la localidad de sus bases electorales a través de fondos (los llamados auxilios parlamentarios) que eran enviados desde el Parlamento a la alcaldía o a las Juntas de Acción Comunal.²⁰

Anteriormente la gente no pensaba que tenían que regalarle una camiseta o darle una partida para realizar algo. Si había que construir una escuela, por ejemplo, nosotros nos juntábamos, aportábamos y la hacíamos. Cuando se empieza a crear el fenómeno de las dádivas, de los auxilios, y no entendemos que esos auxilios son salidos del trabajo de nosotros mismos, terminamos volviéndonos dependientes de los políticos. Con los auxilios la gente comenzó a cambiar su mentalidad, a entregarse. Los auxilios se volvieron fuente de recaudo de votos y sirvieron para comprar la mentalidad de la gente. Hoy en día la gente piensa que hay que votar por determinado parlamentario porque es él que les va a sacar la partida para la escuela, para

el puente, para el arreglo del camino. (Dirigente político independiente de Puerto Tejada. Citado en De Roux 1991)

La migración de los sectores rurales de la costa hacia los polos urbanos como Tumaco, Buenaventura, Quibdó, Guapi y también en el interior (el caso de Puerto Tejada) tiene entre otras implicaciones políticas el hecho de facilitar el crecimiento de la lógica de clientela en sus aspectos más prosaicos. Como se trata en su mayoría de poblaciones en situación de precariedad económica, están más dispuestas a participar en el intercambio de beneficios materiales por votos.

Es penoso decirlo pero el clientelismo ha sido de usanza de todos nuestros políticos, como base de afianzamiento de sus mayorías. Para eso se valen de todos los medios y métodos posibles. Generalmente a las gentes menos capaces económicamente se le ofrecían ayudas y eso operaba durante un periodo largo antes de las elecciones. El día de las elecciones ya se sabía a donde se llevaban los carros para recoger la gente. A la gente se le recogía las cédulas y el cacique se las devolvía el día de las elecciones. Eso lo hacían todos los políticos. (Marino Viveros. Cali, 1998)

La compraventa de votos fue penetrando gradualmente la región como un fenómeno de orden nacional que se presentaba en todo el país a finales de los años 1970. Ello no significa que esa sea la forma predominante de obtener el respaldo electoral pero sí es cierto que es una manifestación de las prácticas electorales que va a devenir corriente. Con la elección popular de alcaldes, establecida a partir de 1988, no hubo cambios sustanciales con respecto a lo que se venía haciendo hasta ahora en materia de intercambio de bienes electorales aunque en el largo plazo la compraventa de votos se fue consolidando en forma mucho más significativa que para las otras elecciones. Ya la poblaciones tenían otra forma de aproximarse al político mucho más pragmática y en un medio de grandes precariedades en materia de servicios y con graves problemas de desempleo, el mecanismo de intercambio de votos por beneficios materiales tangibles se aceleró.

Lo del negocio de los votos es cosa nueva. Eso se inicia es con la elección popular de alcaldes. Creo que nosotros no estábamos preparados para eso. Tal vez en las ciudades grandes sí. Aquí llega un tipo con un poco de millones donde los campesinos y les ofrece plata y el tipo se vende y usted pierde el control político sobre esa persona. Ya usted no vota por liberal o conservador sino por lo que tiene en el bolsillo. El que gana es el que tiene más plata. (Edelmo Ledesma. Dirigente liberal Guapi, 1998)

El voto se obtenía de muchas formas. Había compra en efectivo pero lo principal era el control de la administración y el ofrecimiento de puestos. De las bodegas de las empresas públicas se saqueaba y en las campañas electorales le regalaban a la gente lámparas de alumbrado, tuberías, tejas, cemento, etc. Se creía que la elección popular de alcaldes iba a cambiar las costumbres políticas pero no fue así. A uno como líder comunitario le llegaban los candidatos a ofrecerle puestos importantes en la administración si uno los apoyaba consiguiendo que la comunidad sobre la que uno tenía influencia votara por ellos. (Gladys Nariño, líder comunitaria de Buenaventura, 1998)

Parte de la actitud más pragmática de que hablábamos se evidencia en el hecho de que en muchos casos la población le exige al político que le garantice de inmediato, antes de las elecciones, algún beneficio concreto o de lo contrario votara por otro candidato que sí le dé algo. «En la campaña electoral se hacen reuniones con la gente y después de los discursos políticos, la gente se acerca individualmente y pide cosas concretas como medicamentos, tejas, cemento, o ofrecen los votos de toda la comunidad a cambio de terminar la iglesia o la

escuela o el puesto de salud. Algunos hasta exigen que las cosas se les den antes de las elecciones » (Mae Young, funcionaria de Guapi, 1998).

A veces no es un poblador individual el que le hace esta exigencia, sino toda una comunidad, un grupo de gentes de una misma vereda o una Junta de Acción Comunal. Esta práctica es común desde los años 1970, como nos lo muestra el ejemplo citado atrás en el aparte sobre el contexto político regional de las elecciones, en el que una vereda de Guapi exige colectivamente el acueducto al patrón político correspondiente y ante el incumplimiento de esta exigencia deciden abstenerse de votar. Se presenta también el caso de un líder comunitario o cívico que negocia su electorado con el político. El líder se compromete a hacer votar las gentes bajo su influencia, determinando el número de votos, a cambio de una suma de dinero, o la garantía de un puesto público o privado determinado, o algún beneficio individual o familiar, como por ejemplo unas becas para el estudio de sus hijos en una ciudad.

En general uno se encuentra con una población votante que quiere valorizar su voto en términos muy concretos. Tanto los políticos como la población en general manifiestan que la actividad política está viciada, pero tanto los unos como los otros encuentran un beneficio concreto participando. « Yo siempre he participado en política a pesar de que nos han engañado y no nos cumplen. Pero la política nos gusta y seguimos votando. Pero ahora la gente cobra por su voto y ya no se les para tantas bolas a los discursos. Ahora ya no importa mucho si es liberal o conservador. Lo que importa es que le sirva a uno. » (Eugenia, educadora de Guapi, 1998).

Para el político es obvio que la política es un medio de vida, un oficio, una forma de movilidad social y en algunos casos una vocación de poder. Para los electores el momento de las elecciones es una oportunidad de valorización en la medida en que su voto es requerido por el político. También es una oportunidad de conseguir algún beneficio concreto así sea efímero. En un medio de precariedades básicas los momentos electorales deben ser aprovechados. Para los más desvalidos económicamente hasta una camiseta con la propaganda del candidato ya es una ganancia. « Como aquí no hay muchas fuentes de trabajo la gente aprovecha los momentos de elecciones porque la idiosincrasia es que los políticos para llegar a ser elegidos tienen que dar platica. La gente ya no le importa tanto las obras comunitarias sino el beneficio personal. » (Clemente Estupiñan. Dirigente liberal Guapi, 1998). « Una vez que llegamos al Carmelo [vereda de Guapi] haciéndole campaña a Montaña [candidato a la Asamblea], antes de bajarnos del bote nos dijeron: si no traen platica ni desembarquen porque aquí no apoyamos sino al que nos aporte algo concreto » (Luis Ledesma, maestro, activista independiente de Guapi, 1998).

Sobre la forma como opera la compraventa electoral tenemos varias declaraciones sobre los mecanismos de implementar la transacción.

La compra de votos se hace por las noches para no llamar la atención. Uno va a las casas y hace una lista de los que aceptan votar y luego de las elecciones cuando se cuentan los votos se les da la plata. A veces hay que pagarlo por adelantado. Luego uno logra saber quienes votaron. Por lo general la gente cumple con el voto. (Victoriano Cuero, activista liberal de Guapi, 1998)

Aquí la compra funciona de varias maneras : una es que el grupo de un candidato va la noche anterior a las elecciones a un sector donde sabe que van a votar por otro candidato y le ofrece plata a la gente para que cambie su voto. También se usa que el mismo día de elecciones los de un grupo andan con su bolsito con plata y se le acercan a la gente, sobre todo a los jóvenes y les ofrecen entre 5000 y 10000 de pesos por voto [precio de las campañas electorales de

1997 y 1998; equivalente a 5 y 10 dólares de ese momento]. Todo eso encarece mucho las campañas. (Antonio Montaña líder político cívico de Guapi, 1998)

Pero aunque sean cada vez más pocos, todavía se encuentran quienes votan por tradición familiar y por refrendar el orgullo de una pertenencia partidaria. « Yo siempre he sido liberal como mis padres y abuelos y si no estoy mal, también mis bisabuelos fueron liberales, es por eso que siempre voto con el partido, pero a veces no sabe uno a quien apoyar con tanto candidato liberal que aparece, ya uno no sabe cual es el oficial. A mi todavía me gusta gritar: Viva el partido liberal! como en los tiempos de antes, aunque ahora la política no sea lo que conocí en otra época... » (Pedro Cuevas. Pescador de Buenaventura, 1998). Vemos como aún para los que mantienen una adscripción partidista en términos tradicionales, la política ha cambiado en un sentido que la gente interpreta como negativo.

También surgen otras formas de voto sustentado en una identificación programática y contestataria frente a las opciones políticas tradicionales, como puede ser la votación de los movimientos étnicos.

Hemos visto el peso que adquiere el intercambio material de bienes, particularmente el dinero, en la transacción electoral sin que desaparezcan los demás formas de relación, desde el simbólico sentido de pertenencia partidario hasta los beneficios individuales y colectivos utilizados tradicionalmente en la lógica de clientela. Lo que hemos llamado términos de intercambio electoral sigue constituyéndose en el Pacífico en un momento privilegiado de visibilización de las poblaciones negras. La presencia de los candidatos y/o sus intermediarios en plan de establecer un intercambio de votos por algún tipo de beneficio sitúa al poblador como un interlocutor importante e imprescindible. Es un momento de revalorización de unas poblaciones, en general marginalizadas, de cara a quienes manejan el poder y también la oportunidad para muchos hacerse a algunos recursos materiales y bienes que sólo son ofrecidos por los políticos en la coyuntura electoral.

Los movimientos étnicos en las elecciones²¹

En los años 1980 se aprecia en algunas regiones del Pacífico, especialmente los centros urbanos Quibdó, Buenaventura y Tumaco, algunos núcleos de movimientos con reivindicaciones raciales. Pero es realmente a partir de 1991 con la nueva Constitución y el Artículo Transitorio 55 sobre comunidades negras y la ley 70 de 1993 o Ley de Negritudes que se inicia el proceso de consolidación de movimientos étnicos negros en todo el Pacífico (Agudelo 1998; y ver también otros artículos de este dossier). Veamos algunas experiencias en el terreno electoral desarrolladas en los años 90.

La Asamblea Nacional Constituyente

La convocatoria a elecciones de una Asamblea Nacional Constituyente - ANC - en 1990, para la elaboración de una nueva Constitución, estimuló la búsqueda de espacios de participación de grupos sociales que trascendían las fuerzas políticas existentes. Uno de estos sectores fue precisamente el de grupos de poblaciones negras que hasta el momento existían como movimientos culturales, cívicos (urbanos y rurales) o juveniles de carácter local, a los que se suma el movimiento Cimarrón.²² Se organizaron algunas reuniones con presencia de estos grupos en las que también participaron algunos líderes negros pertenecientes a fuerzas políticas tradicionales y de izquierda. En estas reuniones se discutió sobre las posibilidades de que las poblaciones negras presentaran sus propios candidatos a la Asamblea Constituyente.

Hubo intentos por presentar una lista unificada de estos movimientos, pero ello no fue posible debido a diferencias importantes de criterios, intereses y objetivos entre los diferentes grupos reunidos. Mientras que para algunos (fundamentalmente los que conformarían luego el movimiento llamado Proceso de Comunidades Negras, PCN) lo importante era empezar a construir un movimiento autónomo de otras fuerzas políticas y presentar una candidatura única a la ANC, otros sectores vinculados a fuerzas políticas (de izquierda y liberales) y Cimarrón, priorizaron la unidad con otros grupos populares no negros que aspiraban también a tener presencia en la ANC. Se lanzaron entonces varias candidaturas y ninguna obtuvo los votos suficientes para obtener un curul en dicha asamblea.

La heterogeneidad de sectores que confluían en la denominación genérica de movimientos negros se comenzó a hacer visible desde esta primera tentativa de llegar a una plataforma común y una lista electoral unitaria. Tanto en las siguientes experiencias electorales como en otros aspectos de la dinámica política de los movimientos negros, estas diferencias se van a hacer más evidentes.

La inexperiencia política electoral y la debilidad organizativa de buena parte de los sectores que participaron en este proceso preconstituyente contribuyó también como factor de impedimento para llegar a acuerdos puntuales. A pesar de la presencia de listas que articulaban las reivindicaciones raciales con la pertenencia al partido liberal que tampoco obtuvieron los votos suficientes para obtener un espacio en la ANC, consideramos que otro factor de peso en la explicación de una votación débil lo constituye la fuerza de la adscripción a las formas de voto tradicional de la mayoría de la población.

La Circunscripción especial de comunidades negras

En las elecciones parlamentarias de 1994 entraron a competir 12 candidatos de movimientos negros inscritos en la circunscripción especial establecida en la ley 70 de 1993. Mientras que algunas de las candidaturas correspondían a representantes de movimientos vinculados al trabajo con poblaciones negras de tiempo atrás, otras candidaturas se construyeron en la propia coyuntura electoral. Resultaron elegidos Zulia Mena, líder de la Organización de barrios populares de Quibdó, OBAPO) e integrante de la comisión que redactó la ley 70 y Agustín Valencia, abogado y profesor universitario chocoano radicado en la ciudad de Cali.

Zulia Mena contó con el respaldo de organizaciones del Chocó y de algunos sectores organizados de otras regiones negras del país. Su presencia en la redacción de la ley 70 le hizo ganarse un reconocimiento nacional. Su carácter de mujer y joven fueron destacados en algunos medios de comunicación y su candidatura atrajo incluso a sectores no negros de las grandes ciudades como Medellín y Bogotá. En Bogotá, por ejemplo los candidatos de la circunscripción negra obtuvieron 32.144 votos que, según datos de la Registraduría, no se ubicaban mayoritariamente en las zonas de Bogotá donde se concentra mayor número de población negra.²³ Este mismo fenómeno ya se había producido en el caso de los indígenas. El voto de rechazo a los políticos tradicionales fue canalizado en parte por Zulia Mena y en menor medida por otros candidatos de movimientos negros. En el caso de Agustín Valencia, éste logró establecer acuerdos con organizaciones cívicas en Cali y con algunos sectores políticos en Antioquia, Cauca y Nariño. También obtuvo una votación importante en Bogotá, beneficiándose del voto de opinión no negro.

Si bien es cierto que el discurso étnico era relativamente nuevo en el Pacífico, se esperaba que los tres años transcurridos desde la promulgación de la nueva Constitución en los que se desarrolló un trabajo de organización por toda la región permitiría lograr una mayor respuesta

entre el electorado negro, mayoría absoluta de la región. Los resultados muestran que ello no fue así. En el Pacífico (Chocó y costa de los departamentos Valle, Cauca y Nariño) votaron por candidatos de comunidades negras el 12% de los electores. El 88% restante fueron mayoritariamente votos a favor de candidatos del partido liberal.

Tanto en los cascos urbanos donde la mayor parte de la población no se siente concernida por la ley de titulación colectiva de territorios ribereños,²⁴ como en las áreas rurales, incluidas aquellas que ya habían entrado en el proceso de organización de los «consejos comunitarios»,²⁵ los pobladores no apoyaron electoralmente a los candidatos étnicos negros. En muchos casos los dirigentes de los consejos comunitarios seguían siendo activistas políticos de los diferentes sectores de los partidos políticos liberal y conservador. La mayoría de la población que ya se encontraba en contacto con el discurso étnico y había iniciado su proceso de organización en la perspectiva de obtener sus derechos territoriales, a la hora de votar no lo hizo por los candidatos de los movimientos negros sino por sus patrones electorales de siempre.

La situación más explícita se encuentra en el propio departamento del Chocó donde la totalidad de candidatos de organizaciones negras obtienen sólo 4297 votos de los 53.081 que constituyen la votación total. El Chocó es el departamento donde la dinámica generada por el AT55 y la ley 70 ha sido más visible a ojos de la población. Fue en Quibdó en 1993 donde el Presidente de ese entonces, César Gaviria, presentó públicamente al país, ante una importante manifestación popular, el contenido de la ley 70. Es en el Chocó donde el proceso organizativo de los consejos comunitarios de los futuros territorios colectivos de comunidades negras estaba más avanzado en el momento de las elecciones de 1994.

En el golfo de Tribugá, en la zona norte de la costa Pacífica del departamento del Chocó, que incluye los municipios de Nuquí y parte de Bahía Solano, la organización étnica negra OBAPO (Organización de Barrios Populares del Chocó) dirigida por Zulia Mena, contaba con 150 afiliados adultos en el momento de las elecciones de 1994 en las que Zulia Mena se presentó como candidata para la circunscripción especial de Comunidades Negras. Su candidatura no obtuvo sino 14 votos en la región mientras que la mayoría de la votación se destinaba a los candidatos de los partidos liberal y conservador (Villa 1996)

En estos resultados incide también el hecho de que no todos los sectores organizados de la población negra aceptaban la participación electoral como un mecanismo apropiado para avanzar en el proceso de ampliación de un espacio autónomo de organización de las poblaciones negras como etnia. Estos grupos que rechazan la dinámica electoral consideraban que en el momento lo prioritario era avanzar en la organización de base de la población sin distraerse en la política electoral. Además existió la posición abstencionista producto, en algunos casos, de una herencia de militancia en sectores de la izquierda radical y en otros, de algunas experiencias negativas en el terreno electoral.²⁶

De acuerdo al artículo de la ley 70 sobre circunscripción electoral especial y a los propósitos sostenidos por las candidaturas de los movimientos étnicos negros que participaron en la elección, el espacio logrado en el Parlamento (las dos curules de la Cámara) tenía como objetivo contribuir al proceso de construcción de un actor social y político negro más visible y con capacidad de impulsar desde el Congreso tanto el desarrollo de la Ley de Negritudes como otras reivindicaciones para este sector de la población. Con referencia a estas metas, el balance de lo que fue la gestión parlamentaria de los representantes negros es bastante pobre y existe más bien en la mayoría de sectores del movimiento de negritudes una actitud de crítica y cuestionamiento al rol jugado por los parlamentarios negros. La gestión parlamentaria no respondió a las expectativas que algunos sectores del movimiento negro se había creado. La

presencia de los dos representantes de las « comunidades negras » transcurrió entre su carácter tan minoritario, la falta de experiencia política de los dos congresistas elegidos, la asimilación de métodos clientelistas que los hizo plegarse a los intereses de los grupos políticos mayoritarios tradicionales del parlamento con el fin de obtener algunas ventajas burocráticas y el que la legislatura que les correspondió hubiera estado absorbida por un debate político lejano a las reivindicaciones étnicas.²⁷ El paso de los dos parlamentarios de las « negritudes » por la Cámara fue, en términos generales, intrascendente.

Por añadidura a esta experiencia negativa, se agrega el que la circunscripción especial para Comunidades Negras se perdió por vicios de forma. Según fallo de la Corte Constitucional en septiembre de 1996, esta norma fue declarada inexecutable por errores de trámite para su aprobación, al no haber sido remitida a dicha Corte para el control previo de constitucionalidad, lo que implicaba que en las siguientes elecciones (1998) ya no existía dicha circunscripción especial.

Más allá de unos « vicios de forma », lo que está detrás de la pérdida de este espacio político es justamente la poca eficacia y casi invisibilidad de la gestión de los dos parlamentarios de la circunscripción y el desprestigio entre otros sectores del movimiento negro que contaban con la representatividad y el nivel de interlocución con el Estado y las poblaciones negras.²⁸ En otras circunstancias, se hubiera generado un movimiento de opinión a favor de la permanencia de la circunscripción, y los problemas formales se hubieran arreglado a través de algún mecanismo de negociación política. Por el contrario, la opinión pública en general fue indiferente a esta situación. Las poblaciones negras no se movilizaron en defensa de este espacio político. Un artículo de J. Elías Córdoba, intelectual chocoano, llama la atención sobre el poco interés que significó para la población chocoana la pérdida de las curules de la circunscripción especial de comunidades negras, resaltando que si se hubiese tratado de la representación ordinaria que han tenido los chocoanos para Cámara y Senado seguramente que hubiese habido una gran movilización popular. La gente del Pacífico y del Chocó en particular estaba lejos de sentirse representada por estas curules aun si en ella estaban dos negros chocoanos, Zulia Mena y Agustín Valencia. De otra parte, « para la gran mayoría de la población, las organizaciones de comunidades negras son entes extraños, que hablan de medio ambiente, de Africa, de etnia y otros elementos que el habitante del Pacífico no considera como propios ni relacionados con su realidad ».²⁹

Las elecciones de 1998

Entre octubre de 1997 y mayo de 1998 se realizaron en Colombia elecciones municipales (alcaldes y concejos), departamentales (asambleas, gobernadores, cámara) y nacionales (senado y presidencia). En estos comicios también tuvieron presencia candidatos de movimientos étnicos negros y de nuevo el balance fue desfavorable.

Los parlamentarios Zulia Mena y Agustín Valencia pudieron finalizar su periodo, pero en las elecciones para nuevo Congreso realizadas en marzo de 1998 ya no hubo circunscripción especial de comunidades negras y los aspirantes a llegar al parlamento a nombre de movimientos negros debieron hacerlo compitiendo en igualdad de condiciones con el resto de candidatos.

En efecto, se presentaron a la elección a Senado de la República algunos candidatos en representación de grupos negros, entre ellos los elegidos en la pasada elección: Zulia Mena, quien perdió prácticamente la mitad de los votos obtenidos en 1994 y Agustín Valencia, que difícilmente conservó su votación anterior. Otros candidatos que también habían participado

en las elecciones de circunscripción especial igualmente obtuvieron menos votos. Ninguno de estos candidatos logró los votos suficientes para ser elegido.

La única persona negra elegida al Senado que incorporaba en su discurso político las reivindicaciones de la población negra fue la dirigente liberal Piedad Córdoba, quien participó en la elaboración de la ley 70 y cuya trayectoria política ha sido vinculada al Partido Liberal. Córdoba obtuvo una votación importante entre poblaciones negras, pero su campaña electoral no priorizó las reivindicaciones étnicas, aunque sí las incluía en su discurso político.

A nivel de elecciones locales también hubo experiencias de participación de parte de movimientos étnicos negros con resultados similares a aquellos del Congreso. Hubo casos en que los movimientos étnicos negros respaldaron electoralmente candidaturas provenientes de otras fuerzas políticas. En algunos casos llegaron a concejos municipales integrantes de movimientos étnicos, pero su acceso a los cargos de elección popular estaba ligado al haber formado parte de coaliciones y acuerdos electorales que resultaron ganadores o simplemente al hecho de presentarse a la competencia electoral no como un movimiento étnico sino como un sector político tradicional (Liberal). Para las elecciones presidenciales de 1998 se presentaron entre las 13 candidaturas una que se reivindicaba como representante de las comunidades negras. Se trataba del intelectual chocono, Jesús Antonio Lozano Asprilla, quien obtuvo 11384 votos equivalentes al 0.11% del total de 10.751.465 votos depositados en esa elección. En su departamento, el Chocó, sólo obtuvo el 3% de los votos y en los otros departamentos con presencia significativa de población negra no alcanzó a superar el 1% de los escrutinios. Esta candidatura estaba lejos de representar al movimiento negro organizado en el país y correspondía más bien a una iniciativa aislada del parlamentario Agustín Valencia que contó con el rechazo explícito de los demás sectores de negritudes. Conservando la adhesión histórica al liberalismo, la mayoría de votos contabilizados en la región del Pacífico y otras con presencia importante de población negra fue para el candidato liberal Horacio Serpa. Las elecciones de octubre del 2000 (concejos, alcaldías, asambleas departamentales y gobernadores) registran la misma tendencia.

El balance en cuanto a presencia en espacios de elección popular es bastante limitado y podemos observar que aunque han pasado ya ocho años de expedición de la ley 70, la consolidación de las negritudes como actor político autónomo en el terreno electoral presenta aún muchas dificultades. En la actual legislatura (1998-2000), se revive la circunscripción electoral especial que sería aplicable en las próximas elecciones parlamentarias del año 2001.³⁰ Esta medida garantizará, independientemente de los factores de debilidad para competir con el resto de sectores políticos que dominan el campo electoral, la presencia en el parlamento de representantes de movimientos que se reivindiquen explícitamente como « de negritudes ». Queda la expectativa de saber si dichos representantes contarán con los recursos políticos necesarios para hacer de su tránsito por la Cámara una gestión más visible y eficaz, con respecto a las reivindicaciones de sus representados. Por fuera de la circunscripción especial, continúa el reto de lograr acceder a los espacios locales y regionales de elección popular.

Con respecto a esta situación Carlos Rosero, líder del PCN y candidato, nos manifestaba en entrevista realizada en Buenaventura justamente después de las elecciones de Congreso de 1998:

“El proceso organizativo actual de las Comunidades Negras es una alternativa en la reivindicación de derechos étnicos como el derecho al territorio, a la defensa de la cultura propia, o de la protección del medio ambiente. Pero en cuanto a ser una alternativa inmediata en términos económicos, de salud, de educación no lo somos aun y eso lo ofrecen

los políticos tradicionales. Para la gente en general lo político está referido a la satisfacción de sus necesidades inmediatas y como nosotros no representamos una opción en ese sentido pues entonces en ese aspecto la gente sigue dándole su respaldo electoral a los de siempre. Los candidatos ofrecen aquello que es responsabilidad del Estado y efectivamente a través de su acceso al poder tienen la posibilidad de dar algo de lo que prometen...

En la medida que nosotros como proyecto político no tenemos esa opción por no contar con esa ligazón con el Estado pues no representamos alternativa en ese aspecto... La cultura política de la población ligada a la práctica del clientelismo también opera como un factor en contra para proyectos como el nuestro que no sólo no tiene que ofrecer en esa lógica del intercambio de votos por bienes materiales sino que además se plantea la necesidad de una nueva forma más democrática de participar en la política. (Citado en Agudelo 2000)

A los factores « estructurales », como son las lógicas de intercambio de recursos que operan en la dinámica electoral, se suman otros obstáculos de orden más particular a los que se enfrentan estos movimientos étnicos que insisten en la vía electoral como mecanismo de participación política. Desde la primera experiencia electoral de visibilidad nacional en las elecciones para Asamblea Nacional Constituyente, en 1990, la fuerte fragmentación en pequeños movimientos y la incapacidad de lograr acuerdos tácticos para sumar fuerzas frente a unos objetivos mínimos comunes se hizo evidente. En dicha ocasión, así como en las elecciones para Senado de 1998, la suma matemática de los votos de candidatos de « comunidades negras » hubieran logrado la obtención de espacios en dichos cuerpos electorales. Si bien es cierto que existen diferencias en cuanto a las orientaciones estratégicas de algunos de los movimientos negros, cuando se trata de las reivindicaciones electorales, las diferencias fundamentales entre los diversos proyectos de los movimientos negros con vocación electoral giran más bien alrededor de las cuotas de poder, de la obtención de los espacios, y no sobre aspectos de carácter programático irresolubles.

En este factor de múltiples fragmentaciones y fuerte competencia entre grupos que podrían actuar mancomunadamente en función de reivindicaciones concretas comunes juega un rol importante lo que se ha dado en llamar la « ética de la igualdad ». Esta ética la analiza Wade (1997) para el caso de poblaciones negras del Chocó, pero es aplicable para diversos grupos sociales con pocos recursos de capital social, económico, cultural o político en competencia entre sí y con otros grupos más fuertes en la búsqueda de espacios de poder. En este caso, la ética de igualdad implica un bloqueo al surgimiento de liderazgos que signifiquen una jerarquización y el deber reconocer que uno de los miembros o sectores del grupo humano dado es superior o más apto que los demás para competir en la arena electoral. Entre los diversos sectores de los movimientos negros es casi imposible aceptar el liderazgo de uno de sus componentes que supuestamente es un par. Un líder negro y profesor universitario, Pascual Charrupí, ilustra esta situación llamándola la « lógica de la canasta de cangrejos »: « Cuando usted tiene una canasta con cangrejos no tiene necesidad de tajarla pues los cangrejos nunca se escapan. Cada vez que un cangrejo intenta subir al borde de la canasta para salir, otro cangrejo lo jala de la cola y este vuelve a caer. Así sucede cada vez que un cangrejo sube. Y es así como nos portamos los negros entre nosotros. Nos cuesta mucho reconocer que uno de los nuestros puede ser mejor que los demás » (Declaraciones del profesor Pascual Charrupí, Cali, 1998). De otra parte, cuando se ha logrado llegar a los espacios de elección popular, la gestión de los mismos no se ha convertido en un estímulo a que se renueve y mucho menos se multiplique el respaldo en las urnas a estos movimientos. El ejemplo más obvio es la disminución tan significativa de votos de los parlamentarios de comunidades negras de 1994 cuando se presentan de nuevo a elecciones para el Senado en 1998.

El carácter de las reivindicaciones que agitan los movimientos étnicos en la arena electoral también es un aspecto que puede ayudar a explicar la indiferencia de buena parte del electorado. La fuerza de la identificación étnica entre las bases electorales fundamentales de estos movimientos es aún muy débil. El proceso de construcción de una identidad étnica negra positiva o afrocolombiana es incipiente. Las poblaciones negras actualmente afirman otro tipo de identidades, como por ejemplo las de pertenencia regional y las de adscripción histórica al liberalismo. En las concentraciones urbanas, donde se ubica la mayor parte de las poblaciones negras del país, los movimientos étnicos negros no presentan alternativas que puedan atraer la opinión de dichas poblaciones rompiendo, así sea parcialmente, con las tendencias mayoritarias del voto de estas poblaciones y lograr también acercar a sus propuestas a sectores abstencionistas.³¹

Conclusión

Los movimientos étnicos que surgen en el marco de la nueva Constitución y la legislación para poblaciones negras han apelado a un voto étnico sin que su propuesta política haya podido hasta ahora despertar el interés del electorado. Además del fenómeno del abstencionismo, es muy difícil afrontar un votante cada vez más pragmático que busca unos beneficios materiales concretos que los movimientos étnicos no están en posibilidad de ofrecer en la transacción electoral. Y de otra parte, el peso de la tradición en las preferencias electorales continúa teniendo su importancia no despreciable a la hora de las decisiones de los votantes. Si a esto le sumamos la fragmentación organizativa y política, la falta de mayor experiencia política en el terreno electoral y la dificultad para elaborar un discurso reivindicativo con el que se identifiquen sus potenciales bases sociales y políticas, vemos más claro el por qué es tan difícil lograr superar la marginalidad política electoral actual.

Pero a estos factores que conciernen la acción de los actores y las características del funcionamiento del sistema político habría que agregársele otro de carácter más histórico. Es la forma en que se han construido los clivajes políticos de la sociedad colombiana. Fueron los partidos políticos liberal y conservadores los portadores de la alteridad fundamental y no las diferenciaciones raciales o sociales, que fueron ocultadas o eclipsadas por los antagonismos políticos y, en el caso colombiano, bipartidistas. En Colombia, como para el resto de América latina, la marca que dejó el establecimiento de un Estado-Nación reivindicado como mestizo se constituye en factor estructural que forma parte fundamental de los obstáculos que encuentran proyectos políticos que afirman la diferencia étnico-racial como eje de sus reivindicaciones. En el caso de los movimientos negros, estas dificultades se incrementan debido al carácter siempre ambiguo de su identificación entre integración y exclusión.³² La nueva institucionalidad que reconoce el carácter multicultural y pluriétnico de estas sociedades, si bien se constituye en un salto de trascendencia que ha tenido sus repercusiones en las realidades políticas, tiene aún mucho trecho por recorrer.

Referencias citadas

Agudelo, Carlos

1998a Política y organización de poblaciones negras en Colombia. En *Hacer política en el pacífico sur: algunas aproximaciones*. Carlos Agudelo, Odile Hoffmann y Nelly Rivas. Pp. 3-36. Documentos de trabajo, no. 39. Cali: CIDSE, Universidad del Valle.

1998b Aproximación a la dinámica de un pueblo del Pacífico, el caso de Guapi.

Documentos de trabajo, no. 23. Cali: CIDSE, Universidad del Valle.

2000 Comportamiento electoral en poblaciones negras. Algunos elementos para el análisis. En *Impactos de la ley 70 y dinámicas políticas locales de las poblaciones afrocolombianas: estudios de caso*. Carlos Agudelo, Teodora Hurtado, Pedro Quintín y Nelly Rivas. Pp. 64-140. Documentos de trabajo, no. 50, CIDSE, Universidad del Valle, Cali.

Ayala, Diago Cesar Augusto

1997 Mentalidad, discursos y política en Puerto Tejada durante la primera mitad del siglo XX. En *Puerto Tejada 100 años*. Francisco Zuluaga, ed. Pp. 107-196. Puerto Tejada: Alcaldía de Puerto Tejada.

Banton, Michael

1987 *Racial Theories*. Cambridge: Cambridge University Press.

Caicedo, Carlos

1997 *En torno al desarrollo del Chocó*. Lealon: Medellín.

Degler, Carl

1971 *Neither black nor white: slavery and race relations in Brazil and the United States*. Macmillan: New York.

De Roux, Gustavo

1991 Orígenes y expresiones de una ideología liberal. *Boletín Socioeconómico* 22: 1-26. Cali: CIDSE, Universidad del Valle.

Fals Borda, Orlando

1981 *El Presidente Nieto. Historia doble de la Costa*, tomo 2. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Fohlen, Claude

1994 *Les Noirs aux Etats-Unis*. Paris: PUF.

Gutiérrez, Francisco

1999 La literatura plebeya y el debate alrededor de la propiedad (Nueva Granada, 1849-1854). En *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América latina*. Hilda Sabato, ed. Pp. 181-201. México: FCE – Colegio de México.

Helfrich, Linda

1998 Elecciones: entre gamonalismo y civismo. El caso de Tumaco en la Costa Pacífica. Manuscrito en prensa. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI).

Helg, Aline

1984 Civiliser le peuple et former les élites. L'éducation en Colombie, 1918-1957. Paris: L'Harmattan.

1995 Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Hoffmann, Odile

1998 « La política » vs « lo político »? La estructuración del campo político contemporáneo en el Pacífico Sur colombiano. En Hacer política en el pacífico sur: algunas aproximaciones. Carlos Agudelo, Odile Hoffmann y Nelly Rivas. Pp. 36-68. Documentos de trabajo, no. 39. Cali: CIDSE, Universidad del Valle.

Hurtado, Teodora y Fernando Urrea

1997 Imágenes sobre las transformaciones en «un pueblo de negros»: El caso de Puerto Tejada. Conferencia al VIII Congreso Colombiano de Antropología, Bogotá, diciembre 1997.

Jaramillo Uribe, Jaime

1968 Ensayos sobre historia social colombiana. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

1976 Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 8: 5-18.

Leal, Francisco y Dávila Andrés

1990 Clientelismo. El sistema político y su expresión regional. Bogotá: Tercer Mundo, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI).

Miles, Robert

1989 Racism. Londres: Routledge.

Mina, Mateo

1975 Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca. Bogotá: La Rosca.

Múnera, Alfonso

1998 El fracaso de la Nación. Región clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810). Bogotá: El Ancora; Banco de la República.

Ocampo, Gloria Isabel

1993 Entre la localidad y la nación. Aspectos políticos de la construcción de identidades en un contexto regional. Revista Colombiana de Antropología 30: 102-127.

Pacheco, Margarita

1992 La fiesta liberal en Cali. Cali: Universidad del Valle.

Pinzón de Lewin, Patricia

1989 Pueblos Regiones y Partidos. Bogotá: CIDER, Universidad de los Andes.

Registraduría Nacional de Estado Civil

1988 Historia electoral colombiana. Bogotá: Publicaciones Reginal.

Varios años. Estadísticas electorales de los archivos y boletines de resultados electorales. Bogotá: Registraduría Nacional de Estado Civil.

Rivera, Luciano

1987 Impresiones y recuerdos. Bogotá: sin editor.

Santana, Pedro

1989 Los movimientos sociales en Colombia. Bogotá: Ediciones Foro Nacional por Colombia.

Scott, James

1971 Patron client politics and political change in South-East Asia. *American Political Science Review* 66(1): 91-113.

Serbin, Andrés

1991 Por qué no existe el Poder Negro en América latina? *Nueva Sociedad* 111: 148-157.

Skidmore, Thomas

1972 Towards a comparative analysis of race relations in Brazil and the United States. *Journal of Latin American Studies* 4: 1-28.

Villa, William, ed.

1996 Comunidades Negras. Territorio y Desarrollo. Medellín: Edición Esteros.

Wade, Peter

1997a Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia. Bogotá: Universidad de Antioquia, ICAN, Siglo del Hombre, Universidad de los Andes.

1997b Race and Ethnicity in Latin America. London: Pluto Press.

Whitten, Norman E.

1992 Pioneros negros. La cultura afro-latinoamericana del Ecuador y de Colombia. Quito, Centro Cultural Afro-Ecuatoriano, Quito. Edición original en inglés 1974.

Wieviorka, Michel

1998 Le racisme, une introduction. París: La Découverte.

Wolf, Eric

1966 Peasants. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

Yip, Abraham

1993 Buenaventura en la nueva era del cambio. Cali: Imprenta Departamental del Valle del Cauca.

Notas

¹ A partir del artículo transitorio 55 de la Constitución Nacional, es bajo esta denominación que el Estado se referirá a las poblaciones negras concernidas por la legislación.

² El Parlamento colombiano es bicameral, constituido de Senado y Cámara de Representantes.

³ Cálculo realizado para el departamento del Chocó, los municipios de la costa Pacífica de los departamentos del Valle, Cauca y Nariño y el municipio de Puerto Tejada en el norte del Cauca. Todas estas regiones y localidades cuentan con más del 90% de poblaciones negras.

⁴ Según datos de la Registraduría civil, el potencial electoral nacional es de 20363636 millones de sufragantes. Para las elecciones de 1994 el índice de abstención nacional fue de 67%. En las poblaciones del Pacífico y norte del Cauca el potencial electoral es 332054 electores, de los cuales se abstuvieron el 60% en promedio.

⁵ Hay que señalar que los votos depositados por los candidatos de la circunscripción especial provenían del conjunto de los electores nacionales. Es decir que no había restricción alguna para todos los electores del país de participar en la elección de los representantes de las comunidades negras.

⁶ En el artículo de Pardo en este mismo dossier, ver otros aspectos de las dificultades por las que atraviesan los diferentes sectores del movimiento negro en Colombia.

⁷ La forma de clientelismo tradicional más estudiada es la agraria, basada en la relación entre el propietario hacendatario (patrón) y el campesino (cliente) con los elementos de autoritarismo y paternalismo del patrón, así como las lealtades y fidelidades mutuas. Historiadores y etnólogos han estudiado tradicionalmente las relaciones de tipo clientelar en sociedades precapitalistas considerando los diversos tipos de bienes que se intercambiaban (Scott 1971; Wolf 1966). Pero actualmente, son las relaciones de clientela que incluyen como recursos intercambiable aquellos de naturaleza política, el aspecto que más se destaca en el estudio del clientelismo como fenómeno contemporáneo.

⁸ Pacto entre los partidos liberal y conservador para poner fin al periodo de “La Violencia” (1958). Estableció la alternancia en la Presidencia de la República y la distribución de todo la burocracia nacional entre estos dos partidos.

⁹ El 88% de los municipios colombianos ha elegido regularmente a liberales o conservadores en las diferentes tipos de elecciones desde mediados del siglo XIX a nuestros días (Pinzón 1989; estadísticas electorales hasta el año 2000).

¹⁰ Entre la literatura sobre el tema, ver especialmente para el caso latinoamericano y colombiano (Wade 1997b). Para una visión mas global ver (Banton 1987; Miles 1989; Wieviorka 1998).

¹¹ Experiencias como la construcción de un movimiento político negro en Brasil en los años 30 o la del “Partido independiente de color” a principios del siglo XX en Cuba van a ser una de las muestras de lo excepcional de estos proyectos políticos que terminan por disolverse enfrentados a la lógica de las “democracias raciales”. Para el caso de Cuba, ver Helg (1995); por Brasil, Skidmore (1994). La continuidad histórica y la visibilidad de expresiones políticas diferenciadas de parte de sectores de la población negra en Estados Unidos está en relación directa con la alteridad explícita que la sociedad estableció frente a los negros (Fohlen 1994).

¹² Jaramillo (1968) habla de un total de 51999 esclavos en 1778, pasando a 16468 en 1852.

¹³ Grupos de activismo político liberal constituidos a mediados del siglo XIX (Jaramillo 1976).

¹⁴ Para el caso del Chocó, ver Caicedo (1997), Wade (1997: ch. 7); para Buenaventura, Yip (1993); para el norte del Cauca, Ayala (1997); para Guapi, Agudelo (1998b); para Tumaco,

Hoffmann (1999).

¹⁵ Para el mulato, por su origen parcial blanco, las posibilidades de movilidad social ascendente siempre fueron más altas que para los negros. Por herencia, el mulato no sólo se podía encontrar en una mejor posición social y económica que el negro, sino que los caracteres fenotípicos como el color de su piel más «claro», la forma del cabello o rasgos faciales no considerados como negroides, lo hacían ser más fácilmente aceptado en el mundo de los blancos y mestizos. En el caso de la costa Caribe, en la cual la presencia de poblaciones negras también ha sido importante pero igualmente la presencia de poblaciones blancas y mestizas fue notable desde la colonia, el proceso mestizaje que incluyó al negro se inició de manera importante desde la colonia y por esa vía alcanzaron posiciones de poder político local y regional muchos mulatos tanto en el periodo colonial como durante el siglo XIX republicano (Fals Borda 1981; Múnera 1998). Para un estudio sobre el mulato como una vía de escape al racismo y la segregación ver los estudios comparativos entre el caso de Brasil y los Estados Unidos (Degler 1971; Skidmore 1972).

¹⁶ En el censo de población de 1918 aparece la cifra de una tasa de alfabetización promedio nacional de 32.5%, mientras que para el Chocó en la costa pacífica era del 23.7% (Helg 1984).

¹⁷ La Cédula de Ciudadanía se estableció como documento de identidad y de registro electoral desde 1929 y los poseedores de ella podían votar sin restricciones en elecciones municipales y de asambleas departamentales. El requisito de saber leer y escribir siguió funcionando para elecciones presidenciales y de Senado hasta 1932.

¹⁸ Para la costa Pacífica, particularmente en Buenaventura y el norte del Cauca, de acuerdo a algunas fuentes (Ayala 1997; De Roux 1989; Yip 1993) y entrevistas a viejos líderes locales, se presenta la presencia de sectores influidos por corrientes socialistas en los años 30. Posteriormente, a partir del final de los años 1960 para Tumaco, Quibdó y Buenaventura se implantan pequeños núcleos de la izquierda. Según las estadísticas electorales, la presencia electoral de estos sectores no fue nunca significativa.

¹⁹ Desafortunadamente no se cuenta con estadísticas locales de los cambios operados en la participación electoral a nivel de localidades con mayoría de poblaciones negras para estos años. A nivel nacional se pasó de un potencial de 987.504 electores en 1929 a 1.542.441 (Registraduría 1988).

²⁰ Organizaciones comunitarias creadas por el Estado a partir del Frente Nacional y en su mayoría, controladas políticamente por los partidos liberal y conservador.

²¹ Hay que señalar que los movimientos étnicos negros no son la única expresión de fuerzas políticas independientes de los partidos tradicionales que han participado en elecciones en regiones de mayoría de poblaciones negras. Entre finales de los años 70 y la década de los 80 surgieron también los llamados “movimientos cívicos”, fenómeno de carácter nacional que tuvo su expresión en regiones negras (Santana 1989). Algunos de estos movimientos participaron en elecciones pero sin lograr romper la hegemonía bipartidista (Agudelo 2000).

²² Movimiento político negro fundado en 1982 (Agudelo 1998).

²³ En la circunscripción especial para indígenas y en la de comunidades negras pueden participar como electores la totalidad de colombianos en condiciones de votar.

²⁴ Sin embargo, el discurso de reivindicación de la cultura negra o del carácter de etnia de las poblaciones negras no les es completamente indiferente a los sectores urbanos de la costa Pacífica. Ver Pardo en este mismo dossier.

²⁵ Según lo establece la ley 70 los «consejos comunitarios» son organismos representativos de las poblaciones que deben crearse para solicitar la titulación colectiva de territorios y para gestionar su posterior manejo.

²⁶ Sobre esto nos dice Carlos Rosero: « ‘El que es picado de culebra le tiene miedo hasta a las lombrices’ dicho del Pacífico que explica en parte las prevenciones que hemos tenido para participar en la política electoral. Hemos conocido de cerca como funcionan los mecanismos clientelistas y también las formas de fraude electoral que han operado tradicionalmente en la región. Hemos sido víctimas de ello en dos experiencias de participación electoral a nivel local » (Carlos Rosero, líder PCN, Buenaventura, 1998).

²⁷ El tema central de discusión política, no sólo en el parlamento sino en todo el país, giró alrededor de la acusación contra el presidente de la república, el liberal Ernesto Samper, de haber financiado su campaña electoral con dineros del narcotráfico. Los parlamentarios de « comunidades negras » se plegaron al bloque que votó a favor del presidente Samper.

²⁸ Los dos movimientos étnicos negros de carácter nacional más significativos, el PCN y Cimarrón, quienes fueron muy críticos de la gestión de los parlamentarios negros, se manifestaron favorables a la pérdida de las dos curules en la Cámara.

²⁹ Artículo periodístico de J. Elías Córdoba publicado en *Citará*, semanario chocoano. Enero 5, 1997.

³⁰ El proyecto de ley sobre circunscripción electoral de minorías ya fue debatido y aprobado en el Congreso como parte de un grupo de reformas políticas impulsadas por el gobierno. Esta legislación incluye el derecho a las dos curules para « Comunidades Negras ».

³¹ Es necesario tener en cuenta que, según las estadísticas electorales, la población abstencionista es alrededor del 60% de los votantes potenciales.

³² Las experiencias exitosas de movilización política indígena se apoyan en una alteridad definida históricamente de manera mas explícita.